

Un pediatra explicando la magia de la narrativa

La mejor razón para que sigas leyendo

Cuenta la leyenda que, cuando los primeros humanos fueron padres y sus hijos empezaron a crecer, tuvieron que pedir ayuda a la diosa de la verdad. Así que, como cada noche, se reunieron alrededor del fuego y la chamana la llamó.

—¿Por qué me habéis invocado? —se oyó una voz entre las llamas.

—Perdónanos, sapientísima, pero nuestros hijos no paran de hacernos preguntas que no sabemos responder. Son tan insistentes y molestos... No nos dejan hacer nada más.

—¿Y sobre qué os preguntan?

—Sobre todo, sapientísima. ¿Quiénes son nuestros padres si somos los primeros sobre la tierra? ¿A dónde se va el sol cuando llega la noche? ¿Por qué las ramas no se hunden al caer al agua, pero las piedras sí? ¿Qué pasa después de la muerte? ¿Por qué las cabras tienen cuernos? ¿Por qué estornudamos? ¿Por qué la luna cambia tanto? ¿Por qué nos da la risa? Y así el día entero. No nos dejan ni dormir. Tú que lo sabes todo y descubres con tu luz la auténtica naturaleza de todas las cosas, llena nuestras ignorantes mentes con tu sabiduría.

—Pero eso no puede ser. Tanto saber cegaría vuestro entendimiento. Enloqueceríais —contestó la diosa y, al ver que toda la tribu empezaba a alborotarse, añadió—: Lo que haré es daros un don para que aprendáis por vosotros mismos a responder todas esas preguntas: inteligencia.

—Y mientras tanto, sapientísima —intervino con timidez la chamana—, ¿quién calmará a nuestros hijos?

—Quizá la inteligencia os ayude también a responder a esa pregunta —fueron las últimas palabras que salieron del fuego.

Aquella misma noche, el don de la inteligencia no logró que la chamana pudiera responder a todas las preguntas que le hizo su hija. Pero, cuando la niña por fin se durmió de cansancio, y ella después, sus sueños fueron más vívidos que nunca. En ellos, vio un búho que parecía llamarla y, al seguirlo, la condujo hasta la entrada de una cueva desde la que le habló una voz desconocida, no supo si de hombre o de mujer.

—He oído que tu tribu busca la respuesta a todas las preguntas. Pero acudisteis al dios equivocado. Yo puedo ofreceros otro don, uno que hará que, al instante, aparezca en vuestra mente una respuesta para cualquier pregunta. ¿Lo aceptas en nombre de tu tribu?

—Lo acepto, sí —se apresuró a contestar.

—Pues, desde ya mismo, tenéis imaginación.

Y, de pronto, iba volando a lomos del búho que la había guiado antes, que se había vuelto tan grande como ella y la llevó de vuelta a su lecho.

Al día siguiente, toda la tribu despertó sabiendo responder a cualquier pregunta. El problema estaba en que, a veces, las respuestas podían ser de lo más estafalarias y diferentes según quién las diera. Era lo que ocurría al preguntar por algo a alguien que no lo sabía. Incluso con preguntas simples como «¿quién ha cogido las bayas de los arbustos que hay junto al río?». Uno respondía que una tribu enemiga, lo cual era imposible porque eran los primeros humanos y aún vivían todos juntos en paz y armonía; y otro, que se las había comido una cabra de tres cabezas. Y era peor todavía con las preguntas que les hacían sus hijos. Porque si alguno quería saber, por ejemplo, «¿a dónde se va el sol cuando llega la noche?», las respuestas podían ser «se hunde en la

tierra porque se apaga y, para renacer al día siguiente, tiene que coger el mismo fuego que guardan los volcanes» o «se lo come un zorro gigante y, con el canto del gallo, una diosa gallina pone otro». Así que la confusión fue tal que, cuando el sol se fue a donde quiera que se fuera al acabar el día, volvieron a reunirse alrededor del fuego e invocaron otra vez a la diosa de la verdad. ¡Y cómo se enfadó al saber lo del otro don que había aceptado la chamana!

—¡Insensata! —le dijo—. Te has dejado engañar por un embaucador. Con quien hablaste en el mundo de los sueños fue con mi hermano, que solo quería hacer más grande su reino a costa de vosotros. Si aceptaste ese don en nombre de tu tribu, no hay nada que yo pueda hacer. ¿Cómo alcanzaréis ahora mi divino conocimiento?

—Perdona mi osadía al contestarte, sapientísima, pero quizá exista una manera —habló la chamana al sentir el cosquilleo de una idea dentro de su mente, no supo si gracias a su inteligencia o su imaginación, porque las tenía desde hacía muy poco—. Nos reuniremos, como cada noche, alrededor del fuego y compartiremos todas nuestras ocurrencias. Con suerte, gracias a la inteligencia que nos diste y si aceptas ser nuestra invitada, noche tras noche, explicación tras explicación, elegiremos las que nos acerquen un poco más a tu sabiduría.

Y cuentan que la diosa aceptó, y que su hermano, el dios del mundo de los sueños, acabó sumándose a aquellas reuniones entre las sombras, porque siempre empezaban con una historia para que los niños se durmieran antes y esas eran las que más agrandaban su reino.

Es una leyenda, pero nos traslada al nacimiento de la cultura narrativa desde la oralidad antes de que existiera la escritura: una tribu primitiva alrededor de una hoguera dando rienda suelta a ese impulso de nuestra especie de contar historias mientras algunas de las mejores iban pasando de generación en generación. Luego las formas de las narraciones, los lugares donde encontrarlas o conservarlas

y las personas que las difundían fueron ramificándose y evolucionando. Pinturas rupestres, canciones, danza, sombras chinescas, teatro, títeres, tablillas de barro y de cera, pergaminos, libros, juglares, ópera, folletines, cómics, radio, cine, televisión, audiolibros, internet, libros digitales, *podcast*... Hasta que nos convertimos en una tribu moderna, cambiante y múltiple en lo referente a nexos e híbrida de lo físico y lo digital, que a veces se reúne en forma de multitud para disfrutar de las historias, como en un festival de cine, y otras acepta que sus miembros se aíslen para hacerlo en solitario, como con una novela. Sí, después de un periplo de centenares de milenios de años, seguimos siendo unos fanáticos de las narraciones. Pero no nos conformamos con cualquiera.

Este libro va a explicarte qué pasa dentro de tu cerebro cuando descubres una historia y los motivos por los que te entusiasmas con algunas, pero no con otras. Y tendré que extenderme un poco más con las peculiaridades neurológicas de la lectura. Porque, gracias a tu cerebro, puedes rastrear simples sucesiones de letras y convertirlas en viajes a través de mundos imaginarios. Y, más importante aún, sentir tanto placer con algunos de ellos que, incluso una vez acabados, seguirán presentes en tu memoria y te animarán a recomendárselos a otras personas. Da igual si te transportaron con el ímpetu de un tren, como *Asesinato en el Orient Express*, de Agatha Christie; o con la parsimonia de una góndola, como *La muerte en Venecia*, de Thomas Mann. La mayoría de los viajeros podemos disfrutar de propuestas muy distintas en momentos distintos.

Respecto a tu cerebro, lo primero que debes saber es que, para aprender a leer, antes tuvo que aprender a hablar. Igual que, para aprender a hablar, antes tuvo que distinguir los conceptos de los que hablaría después. Así que, para mostrarte la complejidad neurológica que hace posible que disfrutes de la lectura, tendré que contarte cómo nace y se desarrolla nuestro instinto de comunicación. Ese que tu cerebro

ya traía de serie y que te hizo disfrutar de lo lindo con las primeras canciones y cuentos que escuchaste en tu infancia. De modo que, en este libro, van a aparecer bebés, muchos bebés, la mayoría participando en estudios que te enseñarán que el lenguaje está construido sobre impulsos primarios que continúan presentes en la edad adulta. Eso sí, escondidos bajo capas y capas de convenciones sociales y algunos que otros prejuicios en cuyas raíces escarbaré. A fin de cuentas, esos prejuicios que la neurociencia prefiere llamar «sesgos cognitivos» influyen, y mucho, en cómo valoras cualquier narración; antes de comenzarla siquiera.

Además, hay otro lenguaje primordial que determina por qué unas historias dejan huella en tu cerebro y otras no: el de las emociones. También te hablaré de él y de las razones científicas por las que, después de tantos siglos, Shakespeare sigue conmoviéndonos con la tragedia de *Romeo y Julieta* o de por qué hay tantos lectores dispuestos a asomarse al universo de Stephen King aun a costa de ganarse alguna noche de insomnio. Y es que emocionar a nuestro cerebro es una de las estrategias con las que nos seduce la buena narrativa y, por eso, además de ahondar en las bases neurológicas del amor o el miedo, lo haré en las de emociones todavía más complejas, como el suspense, el humor o los distintos tipos de placer que nos aportan las historias.

Por otro lado, para ofrecerte una visión lo más completa posible, no solo recurriré a experimentos y a estudios de imagen como la resonancia magnética cerebral. Porque mi intención es mostrarte lo bien que armoniza la perspectiva de la neurociencia con la de otras disciplinas igual de respetables como la lingüística, la psicología, la antropología, la sociología o la filosofía y la de algunos críticos literarios, profesores de guion, cineastas o grandes autores como Virginia Woolf o Gustave Flaubert. Tanto artistas como científicos usan el mismo cerebro en sus respectivos campos y, como dijo el escritor y entomólogo Vladimir Nabokov, «no hay ciencia sin fantasía, ni arte sin hechos».

Y, en cuanto a narraciones se refiere, como ya sabes, disponemos de una oferta tan variopinta y descomunal que nos obliga a elegir constantemente en nuestra búsqueda de propuestas que, además de captar nuestro interés, lo mantengan hasta conducirnos a un final que sacie nuestras expectativas. Y, como nuestro tiempo de ocio es limitado y nuestro paladar narrativo se ha vuelto más refinado, enseguida deseamos aquellas que nos defraudan y solo un pequeño porcentaje nos genera suficiente entusiasmo como para hablar de ellas a otras personas. De modo que, en nuestro entorno cultural, saturado de ofertas, solo las historias mejor adaptadas se propagan de un cerebro a otro y sobreviven en la memoria colectiva.

Suena despiadado, lo sé, como la selección natural que describió Charles Darwin en *El origen de las especies*: «Una fuerza siempre lista para la acción y tan superior a los esfuerzos del hombre como las obras de la Naturaleza lo son a las del Arte». Y la verdad es que, en esa lucha por la supervivencia, los libros juegan con desventaja frente a las películas o las series. Porque leer una historia requiere mucha más concentración y esfuerzo para nuestro cerebro que seguirla con sonidos e imágenes. Y, por eso mismo, la percepción de alguna incoherencia puede hacer que la abandonemos más fácilmente que si la viéramos en una pantalla. Razón de más para aplaudir esa magia de los buenos libros que les hace resistir como propuestas atractivas pese al *boom* de los medios sonoros y audiovisuales.

Su mérito de resistir es doble. Primero, por hacerlo en competición con esas historias donde invertimos menos energía como espectadores. Y segundo, por hacerlo frente a otra clase de lectura más práctica y cotidiana que, a veces, nos lleva a percibir el paso a un texto narrativo con una sensación de sobresfuerzo. Me refiero a la lectura de no ficción, desde una noticia hasta un mensaje de WhatsApp; la más corriente después de la revolución digital y que explica por qué, ante cualquier escrito, nuestra actitud inicial es querer rastrear la in-

formación importante con rapidez para pasar a otro asunto cuanto antes.

Entonces ¿qué extraño hechizo convence a nuestro cerebro para esforzarse en leer historias? ¿Y por qué invertimos nuestro limitado tiempo preocupándonos por sucesos que nunca ocurrieron o explorando universos ficticios? Este libro va a desvelártelo. Igual que va a desvelarte por qué algunos de esos relatos se propagan entre nosotros con tanta facilidad. Tanta que acaban reuniendo a un ejército de fans, rebasan los límites de la geografía y el tiempo y convierten a sus protagonistas en iconos culturales tan dispares como Harry Potter, Madame Bovary, Hannibal Lecter, Elizabeth Bennet, don Quijote de la Mancha o Caperucita Roja.

Elijo personajes de géneros distintos a conciencia. Porque, en cuanto al cerebro se refiere, la clasificación entre «alta literatura» y «literatura popular» es, como poco, cuestionable y, según algún estudio lingüístico,¹ una etiqueta cultural cambiante en vez de algo inamovible. Lo cual ayuda a entender por qué existen tantas obras difíciles de clasificar entre esas dos categorías y por qué algunos libros estuvieron primero en una y, de repente, saltaron a la otra. Así que espero tu indulgencia si eres de los más puntillosos; pero, en el recorrido que haremos, citaré ejemplos de ambos tipos. Y un aviso: vas a encontrarte con un montón de *spoilers*, de cuyo efecto en nosotros también te hablaré. Pero, al mezclar autores más cultos como Marguerite Duras, Marcel Proust y premios Nobel como Toni Morrison o Mo Yan con otros más populares como George R. R. Martin, N. K. Jemisin, Terry Pratchett o Patricia Highsmith, espero convencerte de que las claves que deciden si una narración nos hace vibrar o no son independientes de la presunta «liga» en la que juegue o del género al que pertenezca, también en medios audiovisuales, cómics o *podcast*.

Porque, te gusten los relatos intimistas, los *thrillers*, la fantasía, las tramas históricas, la ciencia ficción, los romances tórridos o las crónicas documentadas, ese «algo memora-

ble» que esperas encontrar en una historia está por encima de encasillamientos, y lo que tu cerebro necesita de verdad para involucrarse en su búsqueda es percibir un rastro que parezca guiarle para encontrarlo. O, dicho con palabras de la filósofa y escritora María Zambrano, «el arte parece ser el empeño por descifrar o perseguir la huella dejada por una forma perdida de existencia». Una hermosa metáfora que, desde la perspectiva de la neurociencia y la lectura, contiene más verdad de lo que parece y nos remite a una característica que nos diferencia como especie única.

Después de todo, nuestro interés por las historias es instintivo; o sea, biológico. Y, si me acompañas a lo largo de las siguientes páginas, espero descubrirte hasta qué punto. Porque va más allá de querer estar informados de lo que ocurre a nuestro alrededor y, por eso, si analizamos la venta de libros con estudios de *big data*, resulta que preferimos las ficciones narrativas a los ensayos.² Una preferencia cuyos motivos te explicaré y que también justifica por qué tantas culturas acabaron desarrollando un sistema de escritura propio para conservar sus mitos y leyendas.

Más aún, como explica el neurocientífico Stanislas Dehaene en *El cerebro lector*, todos esos sistemas, tan dispares como el abecedario latino, la escritura maya o los caracteres chinos, están adaptados a la misma área cerebral: la que se encarga de rastrear y diferenciar las formas básicas de todo cuanto nos rodea, como los contornos y las intersecciones. Un hallazgo que concuerda con la tradición china que relata que su escritura fue inventada a partir de las huellas de los pájaros; o, si prefieres que vuelva a ponerme más científico, con estudios que muestran que los niños, igual que las crías de otros primates, identifican de modo instintivo y examinan con más atención formas puntiagudas como dientes, garras, púas o las cabezas triangulares de las serpientes venenosas.³ Unas formas puntiagudas que, curiosamente, abundan en uno de los sistemas de escritura más antiguos: el cuneiforme de los sumerios.

De manera que, ahora mismo y después de siglos de evolución, mientras me lees, lo que está haciendo tu cerebro es rastrear unas formas concretas que te enseñaron a reconocer en la infancia. Y todo gracias a una zona que está situada un poco por encima y hacia atrás de tu oreja izquierda: el surco temporo-occipital lateral si nos ponemos técnicos.⁴ Esa es el área que te permite diferenciar unas letras de otras. Y, no por casualidad, está entre la que diferencia todas las caras que conoces y la que hace lo mismo con los objetos. Conque el primer nivel de la lectura consiste en rastrear y clasificar esas pequeñas huellas que son las letras y, una vez descifrada su información, enviarla a la zona que procesa el sonido de las palabras (área de Wernicke) y, de ahí, a la que procesa el lenguaje (área de Broca) para acabar con una nueva activación del área visual. Todo en un tiempo récord, unos cincuenta milisegundos por palabra, repitiendo una y otra vez la misma secuencia: «¿qué letras?, ¿cómo suenan?, ¿qué significan?, ¿qué evocan?».

Y, si leer cualquier texto equivale a rastrear, como descubrirás en breve, leer, escuchar o ver ficción continúa siendo otra forma más de rastreo, aunque los elementos a descifrar y perseguir sean más complejos que las letras. Así que ponte en modo explorador y prepárate para adentrarte en una expedición que te llevará a un pasado tan remoto que ni lo recuerdas. Porque vas a empezar tu aventura antes incluso de que tu cerebro supiera reconocer el abecedario: en su primer contacto con el lenguaje.

Ariel

Esa melodía que rastreas desde bebé

La prosodia del lenguaje

Si has estado cerca de bebés, habrás visto lo pronto que se interesan por el mundo que les rodea y cómo buscan el contacto con los demás, como si pidieran ayuda para orientarse en medio del caos de un mundo desconocido al que llegan sin instrucciones de uso en sus pequeños cerebros. Así, incluso los recién nacidos demuestran predilección por los rostros y enseguida, hacia los dos meses, a medida que mejora su visión, buscan y reconocen las caras más familiares¹ e interaccionan con ellas con uno de los gestos más sutiles, cálidos y universales de nuestra especie: la sonrisa social,² el acontecimiento que muchos padres consideran el despertar comunicativo de sus hijos.

Pero antes de esa «conversación» gestual, el cerebro humano ya ha integrado otro aspecto más complejo e informativo del lenguaje. Y, sorpresa, lo ha hecho antes de nacer siquiera. Ya en la semana treinta y tres del embarazo, el área cerebral de la audición es capaz de activarse en respuesta a los sonidos³ y, aunque llegan distorsionados hasta el útero sin dejar que el feto aprecie grandes matices fonéticos, sí que percibe, en medio de un ruido de fondo, los patrones de intensidad, ritmo y melodía de las voces que alcanza a oír y, en especial, de la que escucha con más frecuencia y claridad: la de su madre.

De forma que esa cantinela que un lingüista llamaría prosodia va dejando huella en su memoria, de tal modo que

después del parto, cuando los recién nacidos lloran por hambre o malestar, lo hacen con un esquema melódico que se ajusta al del idioma de sus madres.⁴ Es decir, que tu primer aprendizaje lingüístico, si es que tu sistema auditivo se desarrolló de forma óptima, ocurrió a través de la audición, y el primer patrón comunicativo que aprendiste a diferenciar y a buscar en este mundo saturado de estímulos fue la voz de tu madre.⁵ Un fenómeno que explica, por otro lado, por qué los bebés muestran mayor interés por su lengua materna al escuchar distintos idiomas y aunque no sea su madre quien les hable.⁶

Enseguida, ansiosos por entender el caos que les rodea, los bebés amortizan más aún esa cantinela. Hacia los seis meses y gracias a las inflexiones exageradas y a los gestos con que los adultos solemos hablarles, descifran mejor las modulaciones de la prosodia y empiezan a asimilar los patrones melódicos y mímicos que transmiten las emociones de quien les habla y, algunos meses después, incluso sus intenciones y motivaciones.⁷ Y, como aprender a canturrear y gesticular es mucho más fácil que aprender a hablar, seguro que ahora entiendes por qué los bebés intentan comunicarse con nosotros mezclando aspavientos y una jerga incomprensible de musicalidad familiar. Igual que ellos entienden a la perfección nuestras caras de desconcierto al no comprenderles y suelen acabar despachándonos con otro monólogo incomprensible y algún gesto de ofensa o frustración que no necesita palabras.

Por supuesto, el impulso cerebral de rastrear esa cantinela sigue presente años después y a lo largo de nuestras vidas. Y, gracias a él, nuestra respuesta ante un profesor que nos dice «vamos» para que le entreguemos un examen que estábamos a punto de rematar será muy distinta si la musiquilla que emplea es de persuasión simpática o de urgencia amenazante. Igual que nuestra respuesta cerebral al leer un libro será muy diferente según sea la prosodia que usen el narrador o los personajes y las emociones, intenciones y mo-

tivaciones que transmitan con ella más allá del significado de las palabras que escojan.

Porque la cantinela de la que te hablo no es exclusiva del lenguaje oral. También deja su huella en el escrito. Y ya has visto hasta qué punto nuestro cerebro rastrea esas fluctuaciones para situar los mensajes que recibimos en un contexto práctico-emocional. Sí, durante la lectura, el efecto de las variaciones en las pausas y la entonación no crea tantas ambigüedades como en el habla, donde una frase bastante neutra como «yo lo coloco y ella lo quita» puede confundirse con «yo loco loco y ella loquita». Pero, del mismo modo que he usado la ortografía para mostrarte esa diferencia sin que escucharas mi voz, puedo mostrarte el cambio que sufre «deja de llamarme loca» si añado una simple coma y convierto la frase en «deja de llamarme, loca».

Hasta puedo aplicar esos matices a una frase inequívoca. Tan inequívoca como: «¿Podrías prestarme quinientos euros?». Si la frase ya impacta de primeras, fíjate en qué pasa si uso la forma enunciativa sin interrogantes: «Podrías prestarme quinientos euros». Seguro que te resulta más incómoda aún. Y la razón está en la prosodia. Porque al quitar la interrogación pretendo quitarte la opción de responderme de manera negativa. Que, dicho sea de paso, equivaldría a quitarte quinientos euros. En otras palabras, con la forma enunciativa, doy por supuesto que existe alguna razón por la que deberías prestarme el dinero. Así que si quisiera plantearte esa cuestión con delicadeza, si es que es posible, más me valdría elegir la opción interrogativa. Más todavía, podría matizar cierto pudor por pedirte semejante cantidad si escribiera: «¿Podrías prestarme... quinientos euros?». O relacionar mi pudor no con esa cantidad de dinero, sino con el hecho de pedir prestado en sí mismo si colocara los puntos suspensivos un poco antes: «¿Podrías... prestarme quinientos euros?».

Por otro lado, como en una composición musical, la cantinela de la prosodia afecta a cada frase por separado y, del

mismo modo, a la relación que tienen unas con otras. Y, de esa forma, se entreteje un patrón melódico mucho más complejo donde, cómo no, pueden rastrearse un cúmulo de emociones, intenciones y motivaciones. Por ejemplo, una persona insegura de lo que dice hará más pausas de las habituales al hablar. Bueno, quizá. No sé. ¿Tú qué piensas? Mientras que una persona dominante que quiera imponerte su opinión a toda costa usará frases largas y evitando las pausas para que no tengas la más mínima oportunidad de replicarle sin que haya podido exponerte todo lo que pretende punto por punto. Te daré otro ejemplo. Tanto las personas tristes como las entusiastas suelen emplear más pausas al hablar. Pero las tristes enseguida paran. Mientras que las entusiastas podrían hablar durante horas, sin fin, como una metralleta; y tienen munición para rato, tan llenas de energía como están, hasta que vacían todo su frenesí.

Para verlo más claro, haz una prueba sencilla: pon una película en un idioma que desconozcas y cierra los ojos. Te sorprenderás con todas las variaciones intencionales y emocionales que vas a descubrir en medio de ese guirigay. Y eso que no fue la cantinela que aprendiste en el útero de tu madre. Pero es que, incluso cuando nos hablan en una lengua ajena, nuestro cerebro usa lo poco que tiene a su alcance para rastrear un dato básico que contextualice ese intento de comunicación: el propósito del emisor. Antes de nada, para decidir si debe interpretarlo como un acercamiento amigable o agresivo. Y, en esa primera valoración instintiva, el patrón melódico del mensaje está por encima de su contenido, también cuando el emisor es de otra especie. Una actitud que explica por qué, si oyeras a un perro ladrar tras una puerta que quisieras abrir, tu decisión final sería otra si la entonación de esos ladridos fuera de amenaza en vez de alegría; o si esa entonación sufriera extrañas variaciones que no comprendieras.

De modo similar, desconfiamos por igual de las novelas en las que percibimos extraños cambios de ritmo o prosodia

y, por eso, antes de presentarnos sus textos, muchos escritores usan una técnica muy antigua para no jugársela: leerlos en voz alta para ver cómo les suenan a ellos. Como dijo el escritor y crítico David Lodge, «el 90-100 % del tiempo que se emplea normalmente en “escribir” se emplea en realidad leyendo; leyéndote a ti mismo». Y todo para que sus narraciones funcionen como partituras que nos transmitan dinamismo textual y emocional sin perder la armonía entre las distintas partes que la forman. Una afirmación que sobrepasa el símil melómano. Porque, como ya observó Robert Louis Stevenson, tanto la música como la literatura crean su arte «a base de sonidos y pausas» y, para que ese arte nos haga resonar y nos conmueva, en ambos casos debe ofrecernos una melodía propia que, valorada en conjunto, explique una historia coherente desde el nivel más primario en que podemos percibirla.

Gracias a ese relato tonal y rítmico que sirve de trasfondo a cualquier texto, nuestro cerebro puede percibir en él tonalidades y ritmos emocionales e intencionales que condicionan su interpretación final. Una interpretación en la que influyen en la misma medida otros elementos lingüísticos que aportan tantísima información que también empezamos a rastrearlos desde la cuna: las palabras.

